

UNA RESPUESTA BÍBLICA A LA TEOLOGÍA DE LA
PROSPERIDAD

TOMÁS JOSÉ ATENCIA AGUAS
JOSÉ PRÓSCULO ROMERO OSORIO

ASESOR

FERNANDO A. MOSQUERA

FUSBC

TEOLOGÍA

Mayo 30 de 2010

Resumen

Se estudió lo que enseña la Teología de la Prosperidad y se confirma que su énfasis está en la prosperidad material de los cristianos, argumenta que para ser un verdadero hijo de Dios hay que tener bienes materiales. Quien no es un cristiano próspero y exitoso no confirma el pacto de Dios.

Se estudió, en la Teología de la Prosperidad, lo relacionado con la siembra y la cosecha, y se confirma que esta enseñanza es utilizada para tratar de manipular a Dios o forzarlo para que nos bendiga con bienes terrenales. Afirman que si sembramos o diezmos, podemos esperar una multiplicación al ciento por uno.

Se encontró que la enseñanza de la confesión positiva no es bíblica, porque surge en el Movimiento de la Palabra de Fe y apela al poder de la mente para obtener sanidad o cualquier otra bendición, en vez de poner la confianza en Dios que puede sanarnos o bendecirnos según su voluntad perfecta. Aunque confesemos las cosas con mucha fe, si no es la voluntad de Dios no las recibiremos.

Se confirma que la Teología de la Prosperidad no es bíblica, porque no presenta una argumentación basada en la Palabra de Dios. Los textos bíblicos que utiliza están fuera de su contexto y son aplicados en forma alegórica, sin tener en cuenta el contexto histórico de los mismos. Notamos que si queremos hacer una buena exégesis de la Biblia, debemos tener en cuenta el contexto histórico en que fue dado un pasaje bíblico, para poder aplicarlo a una situación concreta hoy, es decir, contextualizarlo.

Se encontró que la Biblia presenta una perspectiva clara sobre la prosperidad, los bienes materiales y las enfermedades en la vida del cristiano. En la prosperidad divina tiene prioridad lo espiritual, porque lo material es añadidura. El cristiano debe buscar al Señor con un corazón sincero, sin motivaciones incorrectas. La Palabra de Dios exhorta al cristiano a que viva contento y agradecido con las bendiciones que el Señor le da.

Se confirma, a la luz de la Biblia, que el éxito de un cristiano no se debe medir en función de los bienes materiales que posee, el creyente puede ser pobre en lo material y aun así ser un verdadero hijo de Dios.

Contenido

	Pág.
Introducción	
I. Un acercamiento hermenéutico a la Teología de la Prosperidad	6
A. Las presuposiciones de la Teología de la Prosperidad	6
B. Acercamiento hermenéutico de los teólogos de la prosperidad	10
II. La doctrina de la prosperidad	13
A. La siembra y la cosecha	13
B. La confesión positiva	15
C. El pacto de Dios	18
III. Una respuesta bíblica a la Teología de la Prosperidad	22
A. Acercamiento hermenéutico	22
B. Respuesta a la Teología de la Prosperidad	28
Referencias	41

Introducción

La Teología de la Prosperidad se ha convertido en un problema serio para la Iglesia en América Latina, porque esta doctrina enfatiza la consecución de posesiones materiales para ser un cristiano bendecido. Esto lleva a que algunos cristianos enfoquen su fe sólo en lo material, olvidando que la vida cristiana es algo integral.

Para la elaboración de este trabajo investigativo se tendrá en cuenta la literatura que habla de la Teología de la Prosperidad, para ver sus enseñanzas, y también los planteamientos que hacen algunos críticos de esta doctrina y lo que dice la Palabra de Dios sobre el tema de la prosperidad. Después se elaborarán algunas conclusiones finales.

Al realizar la investigación, tendremos en cuenta lo escrito por algunos autores que han abordado las enseñanzas de la Teología de la Prosperidad, desde una perspectiva bíblica y crítica.

El propósito de este trabajo investigativo es dar una respuesta bíblica a la Teología de la Prosperidad, con planteamientos bíblicos coherentes para que el cristiano tenga una visión clara sobre lo que Dios dice sobre las riquezas, y lo que el hijo de Dios debe anhelar en este mundo.

De tal manera que el cristiano no defina su vida espiritual y su relación con Dios en términos de los bienes materiales, porque Dios está interesado en todas las áreas de nuestra vida.

El hijo de Dios está llamado a mostrarle fidelidad al Señor en todo, no únicamente en sus diezmos y ofrendas. No debemos acercarnos a Dios pensando sólo en que él nos va a bendecir en lo material, porque la bendición divina empieza en lo espiritual y lo material es añadidura, como dice Lucas 12:31: “Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas”.

Si el cristiano es consciente de que las cosas materiales son secundarias se acercará a Dios y podrá servirle con un corazón sincero, sabiendo que Dios se ocupará de sus necesidades materiales.

Un acercamiento hermenéutico a la Teología de la Prosperidad

La Teología de la Prosperidad o Evangelio de la Prosperidad pone en consideración el problema de la relación entre la fe y las riquezas, problema que está presente en las Escrituras y que ha suscitado varias controversias entre los teólogos, debido a los diferentes acercamientos y puntos de vista de los estudiosos de la Biblia. Ocaña (1997) consideró que guerra espiritual y Teología de la Prosperidad hacen parte esencial de la teología neo-pentecostal.

Los autores de este trabajo investigativo estamos de acuerdo con Ocaña en este sentido, porque el neo-pentecostalismo enfatiza la guerra espiritual y lo relacionado con la Teología de la Prosperidad dentro de sus doctrinas básicas.

Las presuposiciones de la Teología de la Prosperidad

La Teología de la Prosperidad tuvo su origen en los Estados Unidos y se ha extendido por Latinoamérica en los últimos veinte años. Las presuposiciones de la Teología de la Prosperidad son las siguientes:

- a. La ley de la siembra y la cosecha, las ofrendas y los diezmos, y la ley del ciento por uno (Ocaña, 2002).
- b. Confesión positiva: se debe visualizar todo lo que uno quiere, luego formarlo en la mente, después confesarlo y reclamarlo (Toval, 2008).
- c. El pacto con Dios: el cumplimiento efectivo del pacto con el Señor hará posible que el creyente en Jesucristo se vuelva rico (Ocaña, 2002).
- d. El éxito es un derecho para todo hijo de Dios: todo cristiano está llamado a ser próspero y a tener éxito (Vargas, 1999).

Si ampliamos un poco más sobre las presuposiciones de la Teología de la Prosperidad, encontramos que:

En primer lugar, observamos que la prosperidad de los cristianos depende de la ley de la siembra y la cosecha. Esta ley se basa en 2 de Corintios 9:6, Pero esto digo: el que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (Biblia Reina-Valera, 1995).

Esta es considerada una ley natural que puede aplicarse también (y de hecho, la Biblia lo hace) en el área espiritual: si siembras en abundancia, cosecharás en abundancia; si lo haces con escasez, también tu cosecha será escasa; la ley es proporcionalmente directa a lo que se siembra. Al sembrar dinero, también se obtendrá dinero; pero la multiplicación depende, en gran parte, de la cantidad sembrada.

En cuanto a las ofrendas y los diezmos se anima a los hermanos que siembren en abundancia. Capurro, por ejemplo, afirma que “si queremos que Dios nos prospere, entonces diezmemos” (Ocaña, 1997, 126). Hay una conclusión directa de que una forma de salir de nuestra pobreza es a través de los diezmos que le damos a Dios y la ayuda que brindamos a los pobres. Las ofrendas y los diezmos se convierten en garantes de la bendición material de los cristianos, en una especie de “trampolín” para saltar a la prosperidad.

Otra ley es la del ciento por uno, donde lo sembrado será multiplicado cien veces, también llamada “la centuplicación” y según la cual “Dios promete devolver cien veces más de lo que uno dé” (Sendek, s.f.). Está basada en Marcos 10:29-30, pero no se tiene en cuenta el sufrimiento del que habla el pasaje bíblico (Sendek, s.f.). Además, el ciento por uno es la proporción mayor de la semilla que aparece en la Parábola del Sembrador (Mt 13:8).

Simplemente, los teólogos de la prosperidad optaron por tomar la opción mayor: el ciento por uno. Es, entre otras cosas, una cifra llamativa para todos los sembradores que aspiran a que Dios multiplique cien veces cada peso sembrado por ellos; es decir, si se siembran diez mil pesos se obtendrá un millón de pesos (en la proporción de ciento por uno).

Esto es un atractivo y una seducción muy especial de la Teología de la Prosperidad: animar a la gente a sembrar con la esperanza de que el Señor centuplicará lo que ellos han dado. Las personas aportan confiando en que recibirán multiplicado lo que sembraron, en muy poco tiempo, si tienen fe en Dios que “proveerá y multiplicará los frutos de su sementera” (2Co 9:10).

Así cualquier creyente aprende a diezmar, porque está a la expectativa de lo que va a recibir de parte de Dios, quien le recompensará cien veces lo que él ha diezclado o

sembrado. Aunque, a veces, la realidad puede ser otra cosa; pero los predicadores de la prosperidad afirman con vehemencia que eso es así, que esto es desafiar a Dios en la economía, para tener una verdadera prosperidad como hijos del Rey.

Sin embargo, la siembra no consiste únicamente en dinero, también pueden sembrarse casas, apartamentos, fincas, carros, electrodomésticos, anillos de oro o plata, aretes, cadenas, relojes y otras cosas más que estén en perfecto estado. Eso garantiza la bendición de Dios para los sembradores. Los predicadores de la prosperidad pueden decir: “Done usted un avión, y recibirá cien veces más el valor de ese avión” (Ocaña, 1997, 75).

Además, la siembra es estimulada por testimonios maravillosos o espectaculares del predicador o conferencista de turno que cuenta, por ejemplo, cómo una persona sembró una casa pequeña en su ministerio y, al poco tiempo, recibió una mansión lujosa en un mejor barrio de la ciudad. En muchas ocasiones, el predicador mismo es la persona que realizó la siembra y Dios lo bendijo con algo mucho mejor que lo sembrado, por donar con generosidad cierta cantidad de dinero o algo en especie.

En segundo lugar, encontramos la “confesión positiva” donde se habla de visualizar lo que uno quiere, formar lo en la mente, confesarlo y reclamarlo. Con la visualización se busca también imaginar y obtener la prosperidad material, la salud física, la conversión a Cristo de familiares, entre otros.

Refiriéndose al tema, Ocaña (1997) sostiene que Paul Yonggi Cho afirma: “Es semejante a quedar embarazados hasta llegar a dar a luz” (47). La confesión positiva también se parece mucho a la actitud positiva, solo basta con confesar las cosas buenas que queremos.

Para los teólogos de la prosperidad es un asunto de fe que el cristiano pueda hacerse una idea de lo que desea, después que logre crearlo en su mente, que lo declare con fe y luego que lo reclame como algo que ya le pertenece, algo que es suyo. Allí entran en juego conceptos como el considerarse “hijos del Rey” o “hijos de Dios”.

El cristiano tiene que hablar positivo y no negativo. Aquí aparece el concepto del poder de la palabra. Los que defienden esta enseñanza sostienen que a Dios no se le

debe pedir nada, solamente hay que exigirle y demandar victoria en cualquier área de nuestra vida (Ocaña, 1997).

Un texto importante para la confesión positiva es Mateo 21:22, “Todo lo que pidieréis en oración, creyendo lo recibiréis”. Entonces, solo hay que pedir con mucha fe para tener todo lo que la persona necesita. El cristiano debe desarrollar una oración donde ponga en práctica la fe, donde confiese lo que necesita de su Padre celestial.

Esto funciona igual en el caso de las enfermedades, porque no se justifica que el cristiano esté enfermo. Lo que se enseña es que no hay razón para que el cristiano siga sufriendo, porque Jesús, al morir, destruyó “las raíces de la enfermedad” (Ocaña, 2002, 148). Estos predicadores no conciben que un hijo de Dios esté enfermo, porque afirman que los hijos de Dios no tenemos por qué enfermarnos.

Claro que esta idea no solo está presente en los teólogos de la prosperidad, sino también se encuentra en algunos cristianos de iglesias consideradas de sana doctrina, quienes sostienen que toda enfermedad es causada por el diablo y citan textos como Lucas 13:11, “Y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad”, complementándolo con el versículo 16 del mismo capítulo: “Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?”. De esta manera, llegan a la conclusión de que si alguien se enferma está endemoniado o influenciado por el demonio. En esta concepción todo es espiritualizado.

No obstante, sabemos que hay diferentes causas por las que la gente se enferma, sin que el demonio tenga alguna influencia directa o indirecta sobre su vida. Una de las realidades de la vida terrenal, después de la caída del hombre, son las enfermedades, las cuales pueden afectar e incluso causar la muerte física de las personas sin distinción de credo, mueren las personas que tienen fe y las que no la tienen.

En tercer lugar, podemos hablar del pacto con Dios donde el cristiano hace promesas o pacta con el Señor. El cristiano se compromete a darle algo a Dios y espera que él responda con algún milagro, este milagro puede ser de beneficio personal, familiar o económico para la persona que pactó. Quien no hace pactos con Dios es considerado falto de fe y no anhela la prosperidad abundante que él da a sus hijos.

Generalmente, los pactos incluyen dinero (a veces, en dólares) que debe consignarse a una cuenta determinada o entregarse en efectivo en un tiempo muy corto. Se alienta a la gente a que cumpla lo más rápido posible lo pactado, para recibir con prontitud lo que espera de Dios.

En canales de televisión, como Enlace TBN, se realizan las conocidas “maratónicas”, donde las personas pueden pactar con Dios enviando sus peticiones vía telefónica y donando cierta suma de dinero, para recibir grandes milagros. Los organizadores ponen a disposición del público varias líneas telefónicas para que la gente se comunique desde cualquier lugar del mundo. Allí, los coordinadores de la maratónica oran por las peticiones en vivo y declaran bendiciones sobre las personas que se atreven a pactar con Dios.

Las peticiones que envían a la maratónica son amontonadas en muebles o escritorios, donde están las personas que dirigen el evento; además hay grupos o músicos invitados que amenizan la maratónica y predicadores que enfatizan sobre la prosperidad que Dios añade a aquellos que hacen pactos con él.

Según afirman estos predicadores solo se necesita tener fe y cumplir con las leyes espirituales, especialmente la siembra y la cosecha, y los pactos para prosperar y disfrutar de todas las bendiciones que Dios ha preparado para los que creemos en Jesucristo.

Una diferencia básica entre una maratónica y un evento como una convención de iglesias es: en la maratónica, la cantidad de dinero aportada por la persona que pacta es flexible, depende de su voluntad y capacidad económica; en tanto que en la convención, la cantidad es determinada por el “apóstol” o “profeta” que invita a pactar, no se puede dar menos de lo que él solicita. La dinámica consiste en tomar uno de los sobre que reparte el que invita a sembrar o pactar. Además del dinero, en el sobre se debe incluir las peticiones del que pacta con Dios.

En esos eventos, los predicadores desafían a la gente a pactar con Dios, incluso a aquellos que están mal económicamente, para que salgan de la ruina; porque, al cumplir con el pacto, Dios los bendecirá en abundancia y serán personas prósperas. Al sembrar

están poniendo a funcionar su fe y eso les permite obtener un milagro de Dios en su economía.

Además pueden pactar las personas que tienen familiares no cristianos y desean verlos convertidos al evangelio de Jesucristo. Esto estimula mucho a personas que tienen familiares que consumen algún tipo de alucinógenos o que son alcohólicos, porque ven en los pactos con Dios la manera de que sus seres queridos, por fin, sean libres de una vida de esclavitud.

Como podemos ver, los pactos siempre incluyen dinero que debe aportarse en poco tiempo a un determinado ministerio. Eso dará solidez al pacto y asegurará las bendiciones de Dios para la persona que se ha comprometido, que ha pactado. Este es el camino a la prosperidad, a la conversión de familiares, a la sanidad financiera y física.

Cuanto mayor sea la cantidad pactada, mayor será la bendición de Dios, quien multiplicará lo que el creyente ha aportado. Allí la bendición es proporcional al pacto que se ha hecho con el Señor. Quienes no pactan, sencillamente, no tienen fe ni quieren ser bendecidos por Dios, porque no desafían a Dios.

El pacto con Dios, por un lado, pone a prueba la fe del cristiano y, por otro lado, se convierte en un canal de bendición para los hijos de Dios, porque es la manera como los cristianos acceden a las bendiciones que el Padre celestial tiene reservadas para los que le aman y obedecen sus mandamientos.

En cuarto lugar, el éxito se considera un derecho para los hijos de Dios, porque “Dios quiere que sus hijos sean ricos, elegantes y completamente sanos” (Vargas, 1999, 45). Los teólogos de la prosperidad no aceptan que un hijo de Dios tenga problemas económicos, sufra pobreza o esté enfermo. Afirman que: “La clave del éxito está en ti” (Vargas, 1999, 43). Entonces, el ser una persona exitosa en los negocios o en la salud depende del cristiano mismo, de su grado de fe.

Acercamiento hermenéutico de los teólogos de la prosperidad

Los teólogos de la prosperidad usan la Biblia bajo las presuposiciones mencionadas con anterioridad y una o varias teorías de carácter hermenéutico, según ellos existen

versículos que garantizan “la promesa de Dios de hacer ricos a todos sus hijos” (Ocaña, 2002, 101).

En la Biblia están “las leyes de la prosperidad”: la ley de siembra y cosecha, la ley de los diezmos y las ofrendas, y la ley del ciento por uno. Esas leyes van a asegurar “la prosperidad deseada” (Ocaña, 2002, 101).

Parten de ideas sobre personajes bíblicos como Jesús para decir que era rico y tenía una casa en Capernaúm y, además, que Adán era próspero y rico; también que “la riqueza sigue a los creyentes hasta el cielo, pues allí todo es de oro” (Ocaña, 2002, 102-103).

Con relación a que Jesús tenía una casa en Capernaúm, un análisis más cuidadoso nos muestra que esa casa en realidad era de Simón Pedro y su hermano Andrés, quienes vivían en ese pueblo (véase Mr 1:29; 2:1).

Según Ocaña (2002), Capurro, por ejemplo, utiliza una “hermenéutica simbólica” porque “la historia de Israel es simbólicamente la historia de todo cristiano”. En resumen, esta hermenéutica presenta las siguientes características:

- a. Es una lectura personalista, porque cada versículo de la Biblia se puede personalizar de manera literal. Esta lectura consiste en aplicar todos los pasajes de la Biblia a la experiencia personal de cada creyente, generalmente en lo que tiene que ver con la prosperidad.
- b. Es una lectura alegórica, porque niega la comprensión del texto a la luz de su contexto aunque parezca hacerlo. Lo que se busca es cambiar las historias narradas en la Biblia en alegorías. Esto produce, por un lado, la nulidad de una lectura socio-histórica de las Escrituras y, por otro lado, la formulación de reglas mágicas para obtener la prosperidad material de los cristianos.
- c. No se usa la crítica bíblica al analizar los textos bíblicos. Allí no se toman en cuenta lo que dicen los comentarios bíblicos elaborados por estudiosos de la Biblia, con relación a un texto de la Palabra. Lo importante, en este caso, es lo que afirma el predicador en el momento actual.
- d. El punto de partida es la presuposición de que Dios es muy rico. Este modelo se ajusta más al actual modelo económico predominante que a lo que señala la

Biblia. El énfasis está en mostrar a Dios como dueño de todo, sin tener en cuenta que él también es Creador o Señor.

- e. Es una lectura muy parcial y a favor de los ricos de todos los tiempos. Esta lectura parcial parece defender a los ricos y condenar a los pobres, pero todos los textos bíblicos deben ubicarse en una perspectiva teológica e histórica que nos permita interpretarlos en una forma adecuada.
- f. Es una lectura literal del texto y con cierta argumentación poco convincente. Esto se presenta por el deseo de leer el texto en una forma literal y por tratar de racionalizarlo, sin tener en cuenta la historicidad bíblica para explicar el texto mismo.
- g. Se utiliza la Biblia únicamente con el objetivo de defender un estilo de vida de abundancia material. No se usa un método exegético que pueda sostener las afirmaciones que se hacen en cuanto a la Biblia, porque la Iglesia misma se convierte en una empresa transnacional y Jesús en una especie de empresario. En todo caso, lo importante son las novedades teológicas que tienen que ver con la prosperidad material de los cristianos. El no tener abundantes recursos económicos, automáticamente, lleva a la conclusión de que la persona no es un verdadero hijo de Dios, ya que los hijos del Señor deben ser prósperos y ricos (104-111).

En una convención de iglesias celebrada en la ciudad de Medellín (Colombia) hace varios años, uno de los autores de este trabajo investigativo escuchó decir al predicador de turno: “Jesús era tan rico que tenía plata, hasta en los peces”, refiriéndose al pasaje donde Jesús envió a pescar al apóstol Pedro, para poder pagar el impuesto del templo (Mt 17:24-27).

A Jesús, también, lo muestran como rico porque tenía un tesorero, Judas Iscariote, y porque la Biblia afirma que mujeres nobles lo sostenían con sus bienes (Ocaña, 2002). Según los predicadores de la prosperidad, todas esas afirmaciones son corroboradas por la Biblia como, por ejemplo, Lucas capítulo 8 verso 3.

Se nota un esfuerzo intencional por mostrar a Jesús como rico para que él, a su vez, sirva de modelo a los cristianos de hoy, quienes deben ser ricos porque son coherederos con Cristo de todas las bendiciones celestiales.

Otro personaje bíblico favorito para hablar de prosperidad es Abraham, quien evidentemente tenía muchas riquezas: ganado, plata, oro y muchos siervos (Gn 13:2; 14:14). Además, Dios le dijo a Abraham que lo convertiría en una nación grande y que en él serían benditas todas las familias de la tierra (12:2-3), lo que muestra a Abraham como el portador de la bendición divina para toda la humanidad, en todas las edades.

Son esas características de Abraham las que lo convierten en un modelo usado por los teólogos de la prosperidad, pues ven en él al hombre que es próspero y bendecido por Dios en las cosas materiales y que sirve de modelo para desafiar a los cristianos, para que ellos también sean prosperados y exitosos en sus empresas, porque ellos pueden tener las bendiciones que tuvo Abraham; bendiciones que hay que creer, confesar y reclamarle a Dios, quien puede bendecirles como lo hizo con Abraham.

También, los predicadores de la prosperidad hacen referencia al rey Salomón, que fue el sucesor de David en el trono de Israel y es considerado el rey más rico en su época: “Y acumuló el rey plata y oro en Jerusalén como piedras” (2Cr 1:15). Fue, además, la persona encargada de construir el templo de Dios en la ciudad de Jerusalén, templo en cuya construcción se utilizó mucho oro.

Todo lo anterior hace que Salomón sea otro modelo de persona próspera y se convierta en un desafío para todos los hijos de Dios en este tiempo, quienes también son llamados a ser ricos.

Entonces, Jesucristo, Abraham, Salomón y otros personajes de la Biblia son los modelos a seguir por los cristianos porque ellos fueron prósperos y ricos, según la perspectiva de los teólogos de la prosperidad.

La Doctrina de la Prosperidad

Este movimiento se originó en los Estados Unidos, y se hizo más popular en las iglesias evangélicas de América Latina desde la década de los 50. También es conocida como la Doctrina de la confesión positiva, Palabra de fe, Movimiento de la fe, Evangelio del éxito y de la prosperidad, o Teología de la Prosperidad.

Este evangelio es totalmente opuesto al evangelio cristocéntrico, pues su énfasis no son las buenas nuevas del perdón de los pecados y la salvación en Cristo Jesús, sino que

hace un marcado énfasis en la prosperidad material y la salud física, pues Dios tiene planes financieros para los cristianos; por el derecho divino de ser los hijos del Rey, tenemos riquezas y comodidades que este mundo ofrece.

Góngora (1996) sostiene que “se trata de una hermenéutica que lleva directamente a la acción sin que medie reflexión alguna” (11). Algunos de los representantes de este nuevo evangelio son Kenneth Hagin, Kenneth Copeland, Benny Hinn, Morris Cerrullo, Frederick K. C. Price, Juan Capurro, Cash Luna y otros (Rivas, 2008).

El movimiento surge en un contexto caracterizado por el individualismo, el materialismo, el hedonismo y el consumismo. Beltrán (2004) ve que esta cultura es propia de los estadounidenses.

Sin embargo, este estilo de vida ha ido tomando fuerza en las iglesias de América Latina, porque, sin duda alguna, nuestros países viven de lo que es moda en los llamados Países desarrollados y esto se evidencia, muchas veces, en los énfasis teológicos que se dan en la iglesia latinoamericana, porque como consideró Padilla (1986) la iglesia en esta región del mundo carece de teología. Esto hace que, en cierta forma, sea una iglesia dependiente de otras a nivel teológico.

La siembra y la cosecha

Esta ley garantiza la prosperidad material en abundancia, es una ley que nunca falla; lo que se siembra se recoge, y el diezmo hace parte de esta ley. Se cree que para alcanzar la prosperidad es fundamental empezar a dar (Sendek, s.f.).

Dios quiere prosperarnos materialmente en todas las áreas de nuestras vidas, especialmente en el área económica; pero para ello hay que ser fieles con el diezmo, hay que observar lo que dice la Biblia al respecto (son usadas citas como Mal 3:8-10; Dt 14:22-23; Mt 23:23).

Capurro dice, en cuanto a la fidelidad del diezmo: “Si deseamos aprender a temer a Dios, vivir en obediencia y que Dios nos prospere, entonces diezmemos” (Ocaña, 2002, 126). De tal manera que el diezmar se convierte en una especie de “fórmula mágica”, para que el Señor nos bendiga en lo material.

Dios está sometido a la ley de siembra y cosecha; se siembra diezmo y se cosecha prosperidad, se siembra ofrenda y limosna y se cosecha dinero. Prosperidad es dinero, dinero es prosperidad. Para ser prósperos hay que practicar las leyes de la prosperidad (Ocaña, 2002). Notamos que el énfasis de la vida cristiana está en la prosperidad material de los cristianos.

La ley de la siembra y la cosecha dice Capurro que es una orden que debemos cumplir. Esta ley está basada en el texto bíblico de 2 de Corintios 9:6 “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”.

La ley funciona en proporción directa a lo que tú das; cuanto más des, tanto mayor será la cosecha. Si eres tu el que siembras, serás tú el que coseches y siempre se cosecha más que la cantidad que se ha sembrado. Cosechamos lo que sembramos (Ocaña, 2002).

Esto es algo basado únicamente en el aporte que se da de diezmos, pero con origen en el principio de la cosecha natural: el fruto es producto de la semilla sembrada. Se puede decir que es una ley de causa-efecto.

Ahí es donde las personas que menos recursos económicos tienen se ven limitadas, porque si el que da más es el que más recibe, entonces, el que da poco también recibirá poco. Al final podría conllevar a la frustración de las personas menos pudientes, que puede ver a Dios como alguien que les está exigiendo cada vez más recursos de los que ellos tienen.

Capurro presenta a un Dios sometido a nuestros intereses, sometido a la ley de siembra y cosecha; es como sobornar a Dios, ponerle condiciones; dame esto porque te di aquello. Hay una obediencia interesada (Ocaña, 2002).

En cierta forma es la ley del trueque, donde nosotros le damos algo de dinero a Dios y él debe devolverlo multiplicado al cien, doscientos, quinientos, mil o más por ciento; se puede añadir que es un principio con más raíces financieras que bíblicas, es una mentalidad de tipo empresarial donde la persona invierte ciertos recursos para multiplicarlos o rendirlos.

Las citas bíblicas usadas por la teólogos de la prosperidad, como Deuteronomio 14:22-23, Malaquías 3:8-10 y Mateo 23:23, si bien hablan de que el cristiano debe diezmar no presentan esta práctica como la única forma de prosperar económicamente. Porque la vida cristiana es algo integral, en todas las áreas de nuestra vida debemos ser fieles a Dios y no solamente en nuestros diezmos.

Podemos diezmar en la Iglesia y, si lo hacemos, Dios puede bendecirnos. Pero, él no está obligado a darnos su bendición en la forma que nosotros queremos simplemente porque diezmamos, sino según sea su voluntad perfecta.

Si hacemos un análisis cuidadoso del texto bíblico: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2Co 9:6), podemos ver que el contexto del pasaje mencionado nos habla de una ofrenda que se estaba recogiendo para los cristianos necesitados (9:1).

Allí, el apóstol Pablo anima a la iglesia de Corinto a sembrar con generosidad, para recoger en abundancia. En ningún momento, el pasaje parece sugerir que esa “cosecha” se recogerá en el tiempo actual o que simplemente será la multiplicación de cada recurso aportado por los cristianos en la ofrenda.

Pablo no habla de sembrar para cosechar multiplicado al cien por ciento, como sí lo afirman los teólogos de la prosperidad en sus enseñanzas donde animan a la gente a sembrar.

La confesión positiva

La idea de confesión positiva nace con Essek William Kenyon (1867-1948), quien dio por sentado el posible hecho de sanar de cualquier enfermedad con el poder de la mente humana (Rivas, 2009). Según Kenyon, los seres humanos pueden obtener buena salud, buen éxito económico por medio de una actitud mental positiva, es decir, afirmaciones mentales. Sus doctrinas fueron aceptadas por Kenneth Hagin, que copió la mayoría de sus escritos (Vargas, 1999). Así, Kenneth Hagin se convirtió en el padre de esta doctrina. Hagin afirma:

Para obtener resultados de parte de Dios, el creyente debe confesar en voz alta sus

pedidos y nunca dudar que hayan sido respondidos, aunque las evidencias físicas no indiquen que la oración fue atendida. Una vez hecha la oración se debe confesar hasta que la misma se haga realidad (Vargas, 1999, 40).

La confesión positiva es fe expresada, es confesar todo lo que la Palabra dice, no es formular una petición, sino declarar que sea hecho algo. Es la creencia de si un creyente habla espiritual o lleno de fe las palabras, él puede obtener lo que dice. Se afirma que las palabras son poderosas. La confesión positiva nace como enseñanza del Movimiento de la Palabra de Fe, que sostiene que la palabra tiene un poder creativo y que el hablar desata la bendición (Sectas y corrientes teológicas falsas, s.f.). Pero ese hablar debe incluir la fe del creyente (Rivas, 2009).

Hay afirmaciones como: se puede tener lo que se dice. Es cuestión de corregir nuestro vocabulario, Dios está obligado a satisfacer nuestras necesidades a causa de la su Palabra. Hoy nuestra palabra es Dios sobre nuestras circunstancias (Copeland, s.f.).

La confesión positiva consiste en “visualizar mentalmente lo que alguien anhela o desea, un ideal, para que sea materializado de forma sobrenatural, sea lo que sea” (Rivas, 2008, 1). La fe es un factor importante para hacer realidad lo que no existía materialmente, lo que solo era un pensamiento (Rivas, 2009).

Algunos textos usados para sostener esta enseñanza son: Marcos 11:23-24: “Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”; y Proverbios 18:21: “La muerte y la vida están en poder de la lengua, y el que la ama comerá de sus frutos”.

El concepto de confesión positiva está estrechamente relacionado con el concepto del mundo secular que enfatiza tener una actitud mental positiva, es decir, tener pensamientos positivos a pesar de las circunstancias adversas, algo así como auto-sugestión. Cuando los pensamientos son positivos, se logra la felicidad, el éxito, las riquezas y la salud.

La confesión positiva es importante para la Teología de la Prosperidad, porque lo que la persona confiese, automáticamente, se hace realidad. El cristiano “puede influir aun en las leyes divinas y forzar a Dios a actuar en su favor” (Sectas y corrientes teológicas falsas, s.f.).

La confesión positiva está relacionada con el humanismo, porque su creador fue influenciado por la metafísica y hoy está estrechamente relacionada con el mundo secular, porque se enfatiza una actitud mental positiva (Toval, 2008). Podemos observar algunos principios de la confesión positiva:

1. *Fe en la fe*. Los seguidores de esta doctrina dicen que la fe es la clave del éxito, esta fe es lo que cada persona cristiana cree. Como dijo Peale (1999): “Yo he descubierto que si tú esperas lo mejor, obtendrás lo mejor, grandes pensamientos consiguen grandes resultados” (43). De tal manera que este concepto de fe es muy relativista, porque depende de la fe de cada creyente. Parece un concepto derivado del mismo postmodernismo, que afirma que todo es relativo.

Elizabeth de Sendek (s.f.), en un artículo sobre el Evangelio de la Prosperidad, sostiene que:

- a. “La fe es una fuerza y las palabras son las que contienen la fuerza, de allí la importancia de las declaraciones de fe que crean la realidad que se pronuncia”.
- b. “Es la fe del individuo la que mueve a Dios a actuar. El hace lo que las personas confiesan”.

Si analizamos el numeral a, vemos que la fe no está puesta en el Autor y Consumador de la fe, es decir, Jesucristo, sino en lo que yo expreso o puedo crear por medio de mi imaginación. Esto tiene que ver con confesión positiva, no con lo establecido por la Biblia. Porque la fe está basada en Dios y en su poder a favor de sus hijos.

El numeral b, muestra a un Dios supeditado a lo que diga el creyente. Pero sabemos que la fe del cristiano nunca logra manipular a Dios, por el contrario el creyente debe confiar en Dios y él será quien decida lo que ha de ocurrir: “Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y el hará” (Sal 37:6).

Por otro lado, la Teología de la Prosperidad invita a la gente a tener una fe donde no haya problemas (Góngora, 1996). Esto porque se enseña que el cristiano debe estar libre de problemas como la escasez, las deudas y las enfermedades, simplemente porque tiene fe.

Pero la fe bíblica consiste en:

- a. Saber quién es Dios. Saber que el Señor es Todopoderoso, bueno, santo, misericordioso, entre otras cualidades, nos da una base fuerte para depositar toda nuestra confianza y depender totalmente de él (Nm 14:18; Sal 18:2; 89:26).
- b. Un acto de entrega personal a Dios y de plena confianza en sus promesas, como en el caso de Abraham (Gn 15:6). Es confiar en el Señor y no decirle lo que él tiene que hacer. Si le decimos a Dios cómo tiene que actuar ya no es fe, sino una especie de manipulación. Y Dios nunca se ha dejado manipular por los seres humanos.
- c. Creer la Palabra de Dios (2Cr 20:20; Lc 24:25). Si Dios nos dice algo en su Palabra, él lo cumplirá. Aunque todo parezca imposible, debemos seguir confiando en que Dios lo hará porque “fiel” es el que lo ha prometido (Heb 11:11).

2. *Nómbrale y reclámalo*. Este es otro principio de la doctrina de la prosperidad, en cuanto a la confesión positiva. “Cree y lo recibirás, nómbrale y luego reclámalo. Si anhelo algo, debo actuar como si ya lo he recibido; una sanidad, una casa, un carro, dinero o cualquier cosa. No puedo tener duda porque no lo recibo y si algo falla el problema es mío; sea porque estoy en pecado o me falta fe” (Peale, 1999, 44).

Sin embargo, la realidad en la vida cristiana muestra que Dios Padre no le concederá cosas que son nocivas a sus hijos, así como un padre terrenal no dará cosas malas a sus hijos (Mt 7:9-11). Podemos pedir muchas cosas al Señor, en oración, pero únicamente recibiremos aquellas que estén dentro de su voluntad perfecta; aquello que Dios mismo considere que es bueno para nosotros.

No toda enfermedad y sufrimiento son causados por el pecado. Pero hay sufrimientos y enfermedades que vienen por causa del pecado propio o por el pecado ajeno. En 1 Corintios 11:27-34, Pablo enseña que el pecado produce debilitamiento,

enfermedad y muerte. Hombres y mujeres del Antiguo y Nuevo Testamento llevaron una vida de éxito al lado del sufrimiento; algunos recibieron sanidad y otros no; pero todos los que miraron a Cristo fueron salvos.

El ser salvos en Cristo, no implica ser sano o llevar una vida exitosa de prosperidad material, porque la Palabra de Dios nos exhorta: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt 6:33).

En el texto, “todas estas cosas” son precisamente los bienes materiales: comida, vestido, etc. Entonces lo que debemos buscar no es la prosperidad material, sino a Dios que nos da lo que necesitamos. No es bueno que cambiemos al Dios que da las bendiciones, por enfocarnos solo en las bendiciones; porque sería algo así como hacerle el homenaje al edificio, en vez de homenajear al arquitecto que diseñó el edificio.

3. *El éxito es un derecho.* Esta doctrina teológica nos enseña que por ser hijos de Dios, tenemos derecho a ser sanos, ricos y vivir bien. No debemos tener problemas económicos, ni ser cautivos de la pobreza o de la enfermedad. Hagin (1999) enfatiza que cuando obedecemos los mandamientos de Dios, él provee sanidad y prosperidad a todos sus hijos.

El éxito, la felicidad, la sanidad y muchas cosas más pueden ser del creyente si éste sabe utilizar su mente creativamente, si tiene una actitud mental positiva. Se afirma que todo lo que el cristiano pueda concebir le pertenece (Sectas y corrientes teológicas falsas, s.f.).

Para ser exitoso se deben aplicar los lemas de los predicadores de la prosperidad, que son: “Menciónalo y reclámalo, dilo y recíbelo” (Sectas y corrientes teológicas falsas, s.f.). Con este tipo de afirmaciones, el cristiano conseguirá la victoria en cualquier área de su vida.

Es cierto que toda obediencia a Dios tiene recompensa o bendición para sus hijos, pero esto no quiere decir que el cristiano no tenga que sufrir por causa de Cristo. Hay que pagar un precio, muchas veces, por ser cristianos: los apóstoles de Jesús sufrieron persecuciones, tribulaciones y fueron azotados; esto se ve en pasajes bíblicos como 2 de Corintios 6:4-6; 11:23-31.

La esencia del evangelio es vivir en obediencia a la Biblia y estar dispuesto a sufrir por causa de Jesucristo; no es la prosperidad ni la sanidad del cuerpo, lo cual puede ser secundario. Porque nuestra ciudadanía no es terrenal, sino celestial (Fil 3:20). Los hijos de Dios esperamos una vida en la eternidad, todo lo de este mundo es temporal.

El pacto de Dios

El pacto o la alianza es el fundamento de la teología de la prosperidad. Algunas de las características de ese pacto son las siguientes:

- a. Dios hizo pacto con Abraham, Isaac y Jacob y dicho pacto fue perfeccionado en la obra de Jesucristo, y abarca hasta nuestros días. Ahora, por medio de Cristo, nosotros somos cobijados por el beneficio del pacto que Dios hizo con Abraham. En el nuevo pacto, Jesús es mayor que nuestras necesidades, y se ha comprometido a sí mismo a llenarlas cualesquiera que sean (Ocaña, 2002).
- b. El pacto consiste en una relación especial en la que Dios se comprometió a bendecir a su pueblo mientras que se esfuerce por “alcanzar la prosperidad” (Ocaña, 2002, 131). Según la Teología de la Prosperidad, “el pacto no tiene exigencias éticas de ningún tipo, salvo que la persona se esfuerce en hacer riqueza” (Ocaña, 2002, 132).
- c. Según afirma Capurro, el Dios del pacto hace posible que “el ser humano tenga lo necesario (fuerza, salud, inteligencia) para hacer riquezas” (Ocaña, 2002, 133). Todo esto con el fin de confirmar su pacto para con nosotros. Dios no ha cambiado y sigue prosperando a sus hijos como señal del pacto (Ocaña, 2002).
- d. El pacto de Dios es un pacto de prosperidad, pero ese pacto no puede ser establecido en la vida de una persona a menos que ella crea la Palabra de Dios respecto a la prosperidad (Ocaña, 2002). Esto quiere decir que no existe la posibilidad de prosperar económicamente sino se hace la voluntad de Dios, si la persona no se ha convertido a Cristo o asiste a una iglesia cristiana. Y si es alguien que diezma, entonces Dios tiene un problema, porque él ha prometido, en la Biblia, que bendecirá a los suyos (Ocaña, 2002). El cristiano que no prospera sencillamente no confirma el pacto.

La enseñanza en cuanto al pacto está basada en Deuteronomio capítulo 28, que titula “Bendiciones de la obediencia y consecuencias de la desobediencia”. Allí, Dios promete bendiciones materiales para los que obedecen y maldiciones terribles para los que desobedecen la ley de Moisés.

Los seguidores de la teología de la prosperidad se olvidaron de que el Antiguo Testamento es un “tipo” o “sombra” del Nuevo Testamento; miremos lo que dice Colosenses 2:17: “Todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo”. También, la Biblia dice: “La ley teniendo la sombra de los bienes venideros” (Heb 10:1).

El Antiguo Testamento fue un pacto físico, con un templo y unos rituales físicos, y bendiciones materiales; pero el nuevo pacto, en Cristo, hace referencia a bendiciones espirituales principalmente y después lo material. Dios quiere bendecirnos económicamente para que compartamos más con los necesitados y no para hacer tesoros en la tierra (Heb 13:16; Mt 16:19).

El pacto que Dios celebró con Israel, en el monte Sinaí, era condicional: Dios sería el Dios de los israelitas si ellos guardaban sus leyes o mandamientos. El sábado era la señal del pacto. Ese pacto fue celebrado en Horeb y renovado después en los campos de Moab, con la siguiente generación del pueblo de Israel (Vila & Escuin, 1985).

Además, el nuevo pacto establecido por Cristo no habla de una prosperidad material en la tierra sin que exista el sufrimiento. Jesús menciona prosperidad, pero también “persecuciones” para sus discípulos (Mr 10:30). Y dice que en el mundo, es decir, en la tierra sus seguidores tendrían “aflicción” (Jn 16:33).

Esto quiere decir que el nuevo pacto no garantiza que el cristiano está eximido del sufrimiento. Sencillamente, señores predicadores de la prosperidad no viviremos en el paraíso aquí en la tierra.

También, el apóstol Pablo dijo: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch 14:22). ¿Le faltaba fe a Pablo? La respuesta es no. Pero, él era consciente que los cristianos podemos sufrir en este mundo, aunque hagamos parte del nuevo pacto establecido por Jesucristo.

Los hombres de fe sabían que no debían contentarse con los tesoros en terrenales, porque lo que Dios tiene preparado para ellos y para todos nosotros, en la eternidad, es mucho mejor (Heb 11:9-10).

La prosperidad. El tema de la prosperidad de los cristianos es uno de los pilares de la Teología o el Evangelio de la prosperidad. Góngora afirma que esta teología “pone una vez más sobre el tapete el antiguo problema de la relación entre fe y riquezas” (Góngora, 1996, 6). Un problema que está presente en algunos pasajes del Antiguo Testamento, por ejemplo, en el Salmo 73.

Los teólogos de la prosperidad hablan de la libertad económica que se logra como resultado del poder de la palabra. “A mayor poder de la palabra, mayor libertad financiera” (Ocaña, 2002, 94).

Por otro lado, Núñez (1994) dice que el evangelio de la prosperidad “no niega lo espiritual, pero parece magnificar lo económico” (33). Es decir, el énfasis de la Teología de la Prosperidad está en la prosperidad material y esto parece que es “lo que más impresiona a los oyentes de este evangelio” (Núñez, 1994, 33).

Los cristianos pueden esperar que Dios los bendiga “en los mismos términos en que Abraham vio prosperar sus empresas y Job gozó la restitución con creces de sus bienes” (Góngora, 1996, 10). Esa es la razón por la cual la gente pobre, especialmente, es la más seducida por esta teología.

Ahí está, entonces, uno de los problemas de la teología de la prosperidad: dar demasiada importancia a la prosperidad material de los cristianos. Se dan también el problema de la generalización y el reduccionismo en la interpretación de la Biblia (Núñez, 1994).

Sin embargo, la Palabra de Dios habla de dos realidades: gente que es próspera en lo material y gente pobre. Jesús dijo que a los pobres los tendríamos siempre con nosotros (Mt 26:11), en otras palabras, en toda época habrá pobres en la Iglesia y en el mundo; que no todos los cristianos seremos ricos en lo material.

La prosperidad material no es algo reservado solamente para los que temen a Dios y es por eso que hombres santos cuestionaron el hecho de que algunos impíos adquieren riquezas en este mundo e, incluso, envidiaron a esos impíos (Sal 73:2-12; Job 21:1-15).

Esto plantea un problema más y es el hecho de que si alguien prospera en lo material no necesariamente quiere decir que está bien en lo espiritual: no hay una relación directa entre prosperidad espiritual y prosperidad material. No podemos concluir que si alguien tiene bienes de este mundo, entonces es un verdadero siervo de Dios; o que si alguien es pobre, entonces no es un cristiano verdadero; ya que no se puede medir la espiritualidad de una persona o su relación con Dios de acuerdo a sus posesiones materiales. Hacerlo sería un absurdo.

Los textos bíblicos que usa la Teología de la Prosperidad son seleccionados para su propia conveniencia y sus resultados son desastrosos, por mala interpretación; por ejemplo, observe 3 de Juan verso 2: “Yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma”. El verdadero significado de la palabra prosperar simplemente se refiere a salud física y espiritual, en ningún momento habla sólo de dinero.

Cuando se habla de prosperidad en la Biblia, su énfasis es principalmente espiritual y es el resultado de un buen caminar con el Señor como, por ejemplo, poseer el fruto del Espíritu Santo que es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (Gá 5:22-23).

Así que, la solución del hombre no está en confesar positivamente lo que quiere, sino en la búsqueda de las riquezas espirituales como lo enfatiza San Mateo 6:33: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia...”. La búsqueda del reino de Dios debe tener prioridad en nuestra vida y no lo material, porque esto vendrá a su debido tiempo y dentro de la voluntad de Dios.

Cuando hacemos énfasis en lo material, caemos en las trampas de la codicia, como afirma 1 Timoteo 6:10 “Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”. Cristo nos manda a no buscar tesoros en la tierra, sino en el cielo (Mt 6:19-20). Y él también dice que no podemos amar a dos señores (Mt 6:24).

Los seguidores de la teología de la prosperidad no tienen en cuenta los textos ya mencionados e incluso pasan por alto las palabras del Señor Jesús de negarse así mismo, tomar su cruz y seguirle (Mt 10:38).

Vemos que los profetas que servían al Señor eran estigmatizados por el mismo pueblo de Israel, considerado el pueblo de Dios, y sufrieron los rigores de la pobreza, porque no buscaban simplemente un bienestar temporal. Es la Biblia la que, hablando de los héroes de la fe, presenta una síntesis de esta realidad: “Anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y cabras, pobres, angustiados, maltratados” (Heb 11:37).

El apóstol Pablo también tomó la cruz de Cristo, y fue azotado, despreciado, apedreado, encarcelado, perseguido y hasta asesinado por los romanos; su confesión positiva era “para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Fil 1:21); mientras que los seguidores de la prosperidad dicen “soy hijo del Rey de reyes y por ello debo vivir bien”.

Reflexionemos sobre lo que dice el apóstol Pedro: “Hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructoras y hasta negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina” (2P 2:1).

Es una seria advertencia sobre la llegada de falsos profetas, que enseñarían evangelios diferentes al de Jesucristo, evangelios basados en la búsqueda de las comodidades que ofrece este mundo, entre ellas, las riquezas materiales.

La Teología de la Prosperidad promueve el disfrute terrenal afirmando que la prosperidad material es la mayor evidencia de la bendición de Dios en la vida de los cristianos, además afirma que hay que acostumbrarse en la tierra a un estilo de vida que en el cielo es más grande y eterno; la prosperidad es un derecho para todos aquellos que son hijos de Dios (Ocaña, 2002).

Una respuesta bíblica a la Teología de la Prosperidad

Acercamiento hermenéutico

La teología bíblica no se hace basada en una palabra o un solo versículo de la Biblia, porque cada afirmación de la Biblia fue dada dentro de un contexto histórico determinado, y el exégeta debe tomar ese verso y aplicarlo a la situación del oyente moderno, lo que significa la contextualización del texto sagrado.

Debemos considerar la enseñanza expuesta por Dios, en su Palabra, como un todo y no simplemente como una colcha de retazos, donde cada intérprete ve en la Biblia lo que quiere por causa de una interpretación prejuiciada.

Es importante partir de una hermenéutica contextual, allí el intérprete debe tener en cuenta el contexto histórico del texto bíblico y el contexto histórico de los lectores u oyentes modernos. Este aspecto es básico para una exégesis adecuada del texto bíblico, trayendo el texto del pasado y aplicándolo al tiempo actual, es decir, contextualizándolo hoy (Padilla, 1981).

Según Padilla (1981) hay cuatro elementos en el llamado “círculo hermenéutico”, que son los siguientes:

- a. La situación histórica del intérprete: ya que ningún intérprete vive en un vacío hermenéutico, sino que es afectado por su situación histórica.
- b. La cosmovisión del intérprete: cómo ve el exégeta el mundo y la vida.
- c. Las Escrituras: el intérprete establece un diálogo entre la Biblia y una situación actual concreta.
- d. La teología: la enseñanza de la Biblia expresada en forma de teología bíblica o como exposición de la Biblia.

Para los autores de este trabajo investigativo, los cuatro elementos que menciona Padilla son muy importantes porque: en el caso del primero, todo intérprete bíblico está, de alguna manera, influenciado por su propia realidad histórica y esto afecta su interpretación del texto sagrado.

En el segundo elemento, la manera como el intérprete percibe el mundo va a influir notablemente en su estudio de la Biblia y, por consiguiente, en la aplicación de la Palabra a la situación actual que el exégeta esté considerando.

En el tercer elemento, las Escrituras posibilitan un punto de contacto o diálogo entre el pasado, momento en que fue escrito el texto bíblico, y el presente, siempre y cuando el exégeta haga un buen estudio de la Biblia y transfiera su aplicación a la situación de hoy, lo cual es un verdadero ejercicio hermenéutico.

En el cuarto elemento se hace teología al tomar un texto bíblico y lograr expresarlo en una forma comprensible a los oyentes contemporáneos, para que ellos lo entiendan y lo apliquen a su propia realidad. Eso es una contextualización de la Biblia.

Los textos de la Biblia son relevantes y tienen mucho que decir a la humanidad en todo tiempo y lugar, son transculturales y aplicables en cualquier contexto. La tarea del expositor bíblico es buscar que la Biblia hable a sus oyentes hoy.

El uso que la Teología de la Prosperidad hace de la Escritura es muy selectivo y alegórico; sus argumentaciones están basadas en experiencias personales, por lo tanto sus argumentos son débiles por las muchas limitaciones desde la perspectiva de las ciencias bíblicas. Por ejemplo, esos predicadores afirman que Jesús, los apóstoles y los siervos de Dios eran ricos (Toval, 2008).

Decir que Jesús era rico y que tenía plata hasta en los peces, afirmación hecha por un predicador en una convención de iglesias en la ciudad de Medellín (Colombia), basado en Mateo 17:24-27, no es correcto; porque Jesús, tal vez, en el pasaje mencionado lo que quiere enseñarnos es:

- a. Él no era una persona rica porque no tenía dos dracmas, para pagar el impuesto por él y por Pedro.
- b. Jesús dependía de la provisión que le daba su Padre celestial, incluso, por medio de los peces.
- c. Él, aun siendo el Hijo de Dios, cumplió fielmente los requerimientos de las autoridades terrenales, es decir, se sometió a lo establecido por los hombres.
- d. La gente extranjera o extraña, generalmente, es cargada por los gobiernos locales con muchas obligaciones económicas o impuestos.
- e. La fe de Pedro es puesta a prueba al tener que ir a pescar el pez, donde estaba el dinero para pagar el tributo del templo.

Podemos ver, además, que cuando la gente buscaba a Jesús, él le decía que no tenía donde recostar su cabeza (Mt 8:20). Lo que sugiere que Jesús no tenía propiedades en esta tierra. También, él dijo en Lucas 12:15, “Guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”. Entonces, nuestra felicidad no está determinada por las posesiones materiales que tenemos.

La Biblia dice en Hechos 3:6: “No tengo plata ni oro, pero de lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”. Los apóstoles no daban demasiada importancia al dinero, sino que daban de lo que tenían, el poder y la unción de Dios que sanaba a los enfermos.

La Teología de la Prosperidad hace un énfasis marcado en el texto bíblico de Mateo 21:22, “Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis”. Pero esta teología no hace un énfasis marcado en Jesús, como el Autor y Consumador de la fe, sino que su énfasis está en tener una actitud positiva, es decir, en visualizar lo que queremos, luego formarlo en la mente, después hay que reclamarlo y confesarlo (Toval, 2008).

Sin embargo esos son deseos codiciosos que están prohibidos a la luz de la Escritura: se exigen las promesas, pero no se tiene en cuenta las condiciones para recibir esas promesas, y hablamos de condiciones en forma integral. También se nota el deseo de acumular riquezas para gastar en los deleites del mundo.

La práctica de las leyes de la prosperidad como la ley de la siembra y la cosecha, las ofrendas y los diezmos, la ley del ciento por uno y el cumplimiento de los pactos son las que harán que el cristiano se vuelva rico (Ocaña, 2002).

Pero, creemos que nuestra prosperidad depende exclusivamente de Dios, quien da las bendiciones, y no por sembrar o diezmar cierta cantidad de dinero. También, vemos en la Biblia que Dios es soberano y da a quien quiere conforme a su voluntad y según sus capacidades administrativas. Observemos Mateo 25:15: “A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos”.

El pasaje hace énfasis en que somos prosperados y bendecidos dependiendo de la fidelidad a Dios y de la buena administración de los bienes materiales. Esto es

corroborado por la Biblia: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mt 25:21).

1. *Perspectiva bíblica de la prosperidad.* La prosperidad bíblica es el producto de un buen caminar con el Señor, siendo fiel. Ese caminar es un estilo de vida que se manifiesta en una vida llena de amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza, es decir, el fruto del Espíritu Santo (Gá 5:22-23).

La prosperidad que plantea la Biblia es un balance de salud física, crecimiento espiritual y material. Dios nos dará siempre lo que necesitamos, según su voluntad y cuando lo necesitemos; El nos insta a confiar en él y no en las riquezas. Así dice la Palabra: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil 4:19).

La prosperidad bíblica no consiste en hacer tesoros en la tierra, sino en el cielo, como afirma Mateo 6:19-20, “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen y donde ladrones no minan ni hurtan”.

La prosperidad bíblica consiste en saber que Dios nos dará siempre lo que necesitamos, en el momento oportuno y según su voluntad, y que sus recursos son infinitos y están disponibles para nosotros, sus hijos.

La prosperidad que la Biblia enseña podemos entenderla a partir del propósito original de Dios hacia su creación: la vida plena o bienestar integral, que se resume en la palabra hebrea “shalom”. Ese término hebreo significa: bienestar humano, la dicha, la salud corporal, el entendimiento pacífico entre los pueblos, la salvación. En síntesis, “shalom” va más allá de los intereses económicos (Ocaña, 2002).

La verdadera prosperidad es un balance de salud física, crecimiento y madurez espiritual, aunque también incluye lo material. Leemos en 3 de Juan, verso 2: “Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma”.

Los teólogos de la prosperidad han olvidado o ignoran deliberadamente el texto bíblico que dice: “Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual

codiciando algunos se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1Ti 6:10).

También en Mateo 6:33 se enfatiza que debemos buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, no las cosas materiales, porque éstas serán añadidas por Dios en el momento adecuado y de acuerdo a su perfecta voluntad.

2. Perspectiva bíblica frente a las enfermedades. En lo referente a las enfermedades, Hinn sostuvo que los cristianos fuimos sanados por Dios de las enfermedades físicas hace dos mil años y, para que esto funcione a la perfección, es suficiente declararlo por fe. Afirma que la enfermedad no le pertenece al cristiano, que no hay lugar para ella en el cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia (Martínez, 2009).

También, Capurro sostuvo que si Dios pagó el precio, que si él llevó nuestras enfermedades, no tenemos porque seguir sufriendo (Ocaña, 2002). Algo así como pare de sufrir.

Además, Hagin afirma que Jesucristo, con su muerte en la cruz del Calvario, destruyó las raíces de la muerte espiritual, de la pobreza, de la enfermedad, de la angustia, de la depresión y del temor. Y aquello que no tiene raíces no podrá sostenerse (Ocaña, 2002).

Según la interpretación de Hinn, Capurro y Hagin, los hijos de Dios no podemos enfermarnos, ni tener dolores causados por artritis o por el cansancio extremo, o cualquier otra clase de enfermedad. Ellos creen que toda enfermedad es causada por los demonios, pues todo lo espiritualizan.

Si ellos tienen razón, ¿cómo explicarían que cristianos fieles en todo el mundo siguen falleciendo a causa de diferentes enfermedades? Y sabemos que muchas de esas enfermedades son degenerativas y dolorosas, como el cáncer.

En la Biblia, podemos ver a grandes siervos de Dios que se enfermaron y murieron. Consideremos, por ejemplo, el caso del profeta Eliseo, de quien dice la Palabra: “Estaba Eliseo enfermo de la enfermedad de que murió” (2R 13:14). La pregunta es: ¿Estaba Eliseo en pecado, endemoniado o le faltaba fe? La respuesta es un no rotundo, porque él

era un siervo fiel del Señor. Simplemente, el profeta cumplió el ciclo de vida que Dios le dio en este mundo.

Conocemos, también, la historia del apóstol Pablo que anunció el evangelio a los Gálatas teniendo una enfermedad en su cuerpo: “Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús” (Gá 4:13-14). Esto indica que no debemos rechazar o condenar a un cristiano por el hecho de estar enfermo.

También, el mismo Pablo le recomienda a Timoteo tomar un poco de vino, porque éste padecía de una molestia estomacal (1Ti 5:23). Y encontramos, en la Escritura, que otros discípulos de Jesucristo como Trófimo y Epafrodito estuvieron enfermos (Fil 2:25-30; 2Ti 4:20).

Es ilógico que los predicadores de la prosperidad no acepten que los cristianos puedan enfermarse, porque todos los seres humanos formamos parte de una creación afectada por las enfermedades y por el pecado. Nos cansamos, nos desgastamos, nos enfermamos y morimos, y todo a su debido tiempo.

3. Perspectiva bíblica frente a las riquezas materiales. El apóstol Pablo nos enseña que debemos estar contentos frente a cualquier situación económica: “No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil 4:11-13). Debemos estar contentos con las provisiones básicas que Dios nos da, en vez de estar insatisfechos y codiciando riquezas materiales.

La Teología de la Prosperidad dice que toda pobreza es maldición. No solamente la pobreza espiritual, también la material. Afirma que Jesucristo vino para liberarnos de esa maldición.

Pero ese pensamiento trata de ocultar o ignorar la afinidad que Jesús tuvo con los pobres, anduvo con ellos y cenó en sus casas, y reprochaba frecuentemente las actitudes

de los ricos, por ejemplo, Lucas 6:24: “Mas ¡ay de vosotros ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo”. También exhortó a un rico a que compartiera su riqueza con los pobres: “Vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo”.

El Nuevo Testamento enseña claramente que Jesús estaba interesado en los pobres, ningún pasaje bíblico señala que la pobreza es maldición. Al contrario, ser pobre es una bienaventuranza, claro está, si Cristo es el dueño del corazón. No solamente se refiere a pobres en el área material, sino en lo espiritual; es decir, que la persona reconozca que sin el señorío de Cristo en su vida, su existencia en la tierra no tiene sentido.

Dice, además, Santiago 5:1: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán”. Leemos, en 1 Timoteo 6:9: “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo”.

Jesucristo hace un llamado a sus discípulos a que confíen en él, a compartir con los necesitados, a la renuncia del deseo de acumular bienes materiales y a los afanes de la vida (Mt 6:19-21, 24-34). Porque la felicidad del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posee (Lc 12:15).

Todo le pertenece a Dios (Sal 24:1; Hag 2:8). Él es soberano como lo resalta la Escritura: “Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos” (1Cr 29:12).

Así que no es una maldición ser pobre, porque la Biblia no lo afirma. Dios ama tanto a los ricos como a los pobres. Dice la Palabra: “El rico y el pobre se encuentran; a ambos los hizo Jehová” (Pr 22:2).

Juan Kessler lo resume así:

El problema con las riquezas es que no duran para siempre (Pr 27:24), ocasionan críticas contra los poseedores (Pr 13:8), no ofrecen ninguna protección en el día del juicio (Pr 11:4) y dan una popularidad falsa (Pr 19:4). Hay el peligro de que las riquezas desaparezcan de un momento a otro (Job 27:19) y que otros gocen de ellas

(Ec 6:2). Por eso hay amonestaciones contra el deseo de enriquecerse rápidamente (Pr 28:20, 22) y por medio de la injusticia (Ocaña, 2002, 217).

Y el rey Salomón también nos previene contra el deseo de acumular riquezas: “No te afanes por hacerte rico; sé prudente, y desiste. ¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas de águila, y volarán al cielo” (Pr 23:4-5).

Respuesta a la Teología de la Prosperidad

La Teología de la Prosperidad ha tenido mucha acogida en los países subdesarrollados o países del tercer mundo, debido a las condiciones de extrema pobreza que se dan en ellos. De igual manera, esta teología se ha convertido en un atractivo para poblaciones juveniles de las ciudades y clases medias latinoamericanas, que anhelan imitar el estilo de vida norteamericano (Beltrán, 2002).

Predicar sobre prosperidad a personas que son golpeadas por la pobreza es presentar una especie de redención, máxime cuando se utilizan algunos versículos de la Biblia que, de alguna manera, hablan de la prosperidad de los siervos de Dios.

La gente está cansada de ser pobre y quiere salir de la pobreza a cualquier costo, muchas veces no le importa cómo puede librarse de ella; por eso hay personas que se convierten en mulas del narcotráfico, niñas que se prostituyen, jóvenes que integran peligrosas bandas delincuenciales, individuos que juegan la lotería todos los días con la esperanza de convertirse en los nuevos ricos de la sociedad, esto para presentar solo algunos ejemplos.

Es ahí donde entra la Teología de la Prosperidad y se aprovecha del anhelo legítimo que tienen las personas y las orienta según su enfoque: la prosperidad material del hombre. Los teólogos de la prosperidad ven las riquezas como un privilegio garantizado para los cristianos y afirman que si los pobres tuvieran fe “saldrían automáticamente de la pobreza” (Núñez, 1994, 33).

Así es como esta teología ofrece solución a la pobreza en forma inmediata e individualista: únicamente hay que ser fieles a Dios y guardar las leyes espirituales, que están contenidas en la Biblia. Siendo la Teología de la Prosperidad una doctrina

reduccionista de la fe cristiana: todo gira en torno a la prosperidad material del seguidor de Cristo.

Un predicador de la prosperidad dijo: “En la vida del cristiano debe estar Dios en primer lugar. En segundo lugar viene el dinero” (Góngora, 1996, 6). Ese tipo de afirmaciones evidencian que una predicación así enfocada solo en lo material, en este caso, el dinero. Aunque se diga que Dios debe estar en primer lugar, él terminará en el segundo lugar, porque es imposible servir a Dios y a las riquezas (Mt 6:24).

Es necesario liberarnos de toda avaricia y contentarnos con lo que tenemos ahora, para no convertirnos en esclavos de las cosas materiales y así estar seguros de que Dios no nos dejará ni abandonará (Heb 13:5).

Todo predicador del evangelio debe saber que los hijos de Dios somos exhortados a no tomar la fe cristiana como fuente de ganancia, porque la Biblia dice: “Raíz de todos los males es el amor al dinero” (1Ti 6:10). Muchos por lucro han caído en el error de Balaám, por el deseo de enriquecerse a cualquier costo (Jud 11). Por eso es conveniente estar alertas para no dejarnos cegar por el deseo de conseguir riquezas.

La espiritualidad del cristiano no debe medirse únicamente por la prosperidad material, porque existen otros elementos que muestran, desde la perspectiva bíblica, si somos o no personas espirituales, como la comunión con Dios y con los demás, el amor hacia nuestro prójimo, la sensibilidad frente a las necesidades de otros, el ser pacificadores en medio de una sociedad que vive en conflicto, el ser justos en una sociedad marcada por la injusticia, entre otros.

En la oración del Padre Nuestro, Jesús dice: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy” (Mt 6:11). En otras palabras, dame el alimento que necesito para vivir hoy. No se está pidiendo comida ni siquiera para una semana. La razón: Dios Padre quiere que aprendamos a depender de él todos los días de nuestra vida.

Es interesante notar la visión que algunos siervos de Dios tenían sobre las riquezas: “No me des pobreza ni riquezas; mantenme del pan necesario; no sea que me sacie, y te niegue, y diga: ¿Quién es Jehová? O que siendo pobre, hurte, y blasfeme el nombre de mi Dios” (Pr 30:8-9).

Lo que Dios nos pide es que confiemos en él y no en las riquezas. Filipenses 4:19 dice enfáticamente que Dios suplirá todo lo que nos falta “conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”.

Dios no nos está diciendo que nos va a hacer ricos, lo que sí nos dice es que él va a suplir todas nuestras necesidades y nada nos faltará, si dependemos totalmente de él. Como afirmó Pérez de Camargo (1992): “Dios nos llama a una vida abundante y próspera en sus términos, no en los nuestros” (364). El Señor promete prosperarnos según sus criterios, no de acuerdo a las expectativas que nosotros tengamos en cuanto a las riquezas.

Esto no quiere decir que los cristianos no podamos ser ricos, al contrario, muchos hombres de Dios fueron ricos como Abraham, Isaac, Jacob, Job, Salomón y otros. Aun en nuestros tiempos tenemos en nuestras congregaciones miembros que tienen riquezas y apoyan la obra de Jesucristo con sus bienes.

Lo que sí es cierto es que no toda prosperidad viene de Dios. La prosperidad que beneficia a unos pocos y excluye a muchos no es verdadera prosperidad; la prosperidad que se consigue a partir de las amenazas, el robo, la estafa, el asesinato, la maldad y la opresión de otros no es una prosperidad real.

Debemos mirar la vida cristiana en forma integral y no parcialmente, porque Dios nos llamó en Jesucristo para bendecirnos no sólo con bienes de este mundo. El Señor Jesucristo nos habla de darle prioridad al reino de Dios y su justicia, y no a las cosas que necesitamos para vivir en el mundo; las cosas de este mundo, Jesús nos las puede añadir (Lc 12:31).

Todo lo que hay en este mundo es temporal, pero lo que Dios nos ofrece en Cristo es eterno; nosotros mostramos que tenemos una nueva vida en Jesucristo cuando tenemos una nueva visión de las cosas terrenales, como afirma la Biblia: “Si pues, habéis resucitado con Cristo, *buscad las cosas de arriba* donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Col 3:1, cursivas añadidas por los autores).

Nuestra cosmovisión debe cambiar cuando somos cristianos resucitados con Cristo, nuestra preocupación no debe ser únicamente lo de aquí, lo de este mundo, sino que hay

cosas más importantes para nosotros en la eternidad, porque somos ciudadanos del reino de Dios y nuestra ciudadanía es celestial (Fil 3:20).

Un coro cristiano que se cantaba en algunas iglesias cristianas evangélicas de la República de Colombia, expresaba lo siguiente: “No por obras ni por pan, ni por vestido te serviré Señor. Sólo por amarte, te serviré Señor. Tú me rescataste, no me rechazaste. Sólo por amarte, te serviré Señor”.

Esa canción manifiesta el deseo del cristiano de servir a Dios por amor y no por ningún tipo de interés de carácter material. Algo que debemos tener en cuenta todos los cristianos, para no caer en el error de buscar únicamente a Dios por las bendiciones materiales.

Vista de manera positiva, la Teología de la Prosperidad se convierte en un desafío para la Iglesia Cristiana, que debe desarrollar bien su ministerio de la enseñanza bíblica. A veces, los maestros de la Palabra hemos sido negligentes en cumplir esta función dada por Dios.

Cuando fructifican las falsas enseñanzas es posible que la Iglesia no haya ejercido bien su ministerio didáctico (Barclay, 1974). La falta de conocimiento bíblico facilita que las doctrinas falsas se fortalezcan y se multipliquen.

Nuestra estabilidad en cuanto a la doctrina de Cristo nos permite detectar las falsas enseñanzas que imparten supuestos maestros de la Biblia y así evitamos que esas enseñanzas se propaguen en la Iglesia, porque retenemos “la palabra fiel tal como ha sido enseñada” para poder aconsejar con “sana enseñanza y convencer a los enemigos del evangelio (Tit 1:9).

En el pasaje citado con anterioridad, la enseñanza se orienta hacia los miembros de la Iglesia y hacia los que contradicen; en los primeros, para darles bases sólidas en cuanto a la vida cristiana y, en los segundos, para intentar sacarlos del error y llevarlos a conocer la verdad.

Sólo el estudio serio y constante de la Palabra de Dios puede guiarnos en medio de una sociedad afectada por el pecado, donde incluso personas conocedoras de la Biblia se

dejan llevar por la avaricia y la codicia bajo el pretexto de que para ser hijos de Dios, los cristianos deben prosperar en lo material.

Conclusiones

A la luz de todo lo expuesto, podemos sacar las siguientes conclusiones:

- Los teólogos de la prosperidad toman textos bíblicos sin tener en cuenta el contexto de esos versos, y tratan de hacer teología en forma descontextualizada. Esto lleva a planteamientos generalizados o reduccionistas sobre la prosperidad de los cristianos, lo que constituye un grave peligro para una exégesis adecuada de la Biblia. Porque todo exégeta debe tener en cuenta el contexto histórico en que fue dado un texto bíblico, para poder hacer una buena interpretación o exégesis de la Biblia.
- La Teología de la Prosperidad carece de un buen fundamento bíblico y su interpretación de la Biblia es alegórica. Por otro lado es el resultado de la cultura norteamericana, pues su ideal es la buena vida y el deseo de prosperidad material. Es, prácticamente, una apología de la sociedad estadounidense, convertida en una especie de regla para medir si una sociedad es cristiana o no. La norma para saber si alguien es cristiano es únicamente la cantidad de comodidades o bienes terrenales que posee, a mayor cantidad de bienes se considera que es mayor su espiritualidad y su cercanía con Dios, que es un hombre de fe.
- El Evangelio de la Prosperidad no es un cuerpo doctrinal organizado, corresponde más bien a una serie de enseñanzas con argumentaciones alegóricas, basadas en la idea de que el propósito de Dios es la prosperidad espiritual y material de los cristianos. Los predicadores de la prosperidad toman textos de la Biblia y los aplican en forma literal a la situación económica de los cristianos hoy.
- Dios quiere la prosperidad espiritual y material de sus hijos, pero esto no debe ir separado de la fidelidad a Dios en todas las áreas de nuestra vida. Hubo hombres de Dios que fueron fieles al Señor a pesar de ser pobres.

La fidelidad al Señor no está determinada por los bienes materiales que poseemos, porque esto no sería una verdadera fe sino interés.

- El contentamiento es la virtud que frente a las necesidades materiales y a las posesiones promueve la enseñanza del Nuevo Testamento (1Ti 6:3; Fil 4:19). Los hombres de Dios deben ser felices y agradecidos con lo que Dios les da, y no estar desesperados por conseguir posesiones en este mundo.
- La confesión positiva no se ajusta a lo que Dios enseña en la Biblia, porque las bendiciones no vienen simplemente porque nosotros las confesemos, sino si esas bendiciones están de acuerdo a la voluntad perfecta del Señor para cada uno de nosotros. En la Palabra de Dios, si hay una confesión positiva tiene que ver con la salvación del cristiano: “Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro 10:9).
- Si un cristiano siembra dinero o alguna propiedad para la obra de Dios, debe hacerlo sin ningún interés económico; porque a Dios no se le puede manipular con dinero. La cosecha depende totalmente de Dios, él es capaz de bendecirnos aun por encima de nuestras expectativas. Dios es el “proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo...” (2Co 9:10-11).
- Los pactos registrados en la Biblia no están mediatizados por el dinero. Son iniciativas de Dios para bendecir a una persona, a una familia y a todas las naciones. Nunca en los pactos se habla de volver millonarias a las personas que entran en el pacto con Dios, como si lo hace la Teología de la Prosperidad.
- El Evangelio de la Prosperidad apela a la avaricia y a las comodidades materiales, mientras que Jesús nos previene contra ella y nos recuerda que la felicidad humana no depende de las posesiones materiales en la tierra (Lc 12:15). Además, la Biblia nos advierte contra la tentación de acumular tesoros en este mundo (Pr 23:4-5; Mt 6:19-24). Si no tenemos en cuenta las exhortaciones de la Biblia contra el deseo de enriquecernos,

nos convertimos en mercaderes de la fe y personas cuyo único propósito es adquirir bienes y comodidades materiales.

- La Teología de la Prosperidad predica una vida cristiana fácil y basada en las riquezas, en tanto que la Biblia nos muestra que la vida del cristiano está llena de pruebas y tribulaciones, que le ayudan a crecer en fe y en su relación con Dios, y con el prójimo (Hch 14:22; 1P 1:6-7). Sin pruebas y tribulaciones no hay un desarrollo real del cristiano, porque los hijos de Dios crecen espiritualmente por medio de las dificultades.
- Los teólogos de la prosperidad tienen en cuenta a personajes bíblicos como Jesús, Abraham, Job y el rey Salomón para hablar de prosperidad, pero ignoran en forma ingeniosa la situación de pobreza que vivieron otros personajes de la Biblia, como Lázaro el mendigo que Jesús mencionó (Lc 16:19-21), y también ignoran a Jesús, quien “se hizo pobre, siendo rico (2Co 8:9), para enriquecer espiritualmente a todos los seres humanos que respondan afirmativamente a su llamado.

Referencias

- Barclay, W. (1974). *Comentario del Nuevo Testamento: 1 y 2 Timoteo, Tito y Filemón*. Vol. 12. Buenos Aires: La Aurora.
- Beltrán, W. (2004). *Fragmentación y Recomposición del campo Religioso en Bogotá. Un Acercamiento a la Descripción del Pluralismo Religioso en la Ciudad*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Biblia Reina-Valera* (1995). Bogotá: Sociedades Bíblicas Unidas.
- Copeland, K. (s.f.). *Las leyes de la prosperidad: confesión positiva*, 1-2. Recuperado el 16 de Mayo de 2010 de <http://www.watchman.org/rektop/posconf.htm>
- Góngora, A. (1996). *La Teología de la Prosperidad: Una lectura crítica*. En: Iglesia y Misión. Vol. 15, No. 1, 6-11.
- Hagin, K. (1999). *Reflexiones sobre la teología de la prosperidad*. En: Fe y Prosperidad. La Paz: Lámpara, 1-4.
- Martínez, J. (2009). *La teología de la prosperidad y la confesión positiva*, 2-4. Recuperado el 5 de Marzo de 2010 de <http://www.esnips.com/web/BibleTeachings>
- Núñez, E. (1994). *El Evangelio de la Prosperidad*. En: Apuntes Pastorales II. No. 4, 33-35.
- Ocaña, M. (1997). *Un Análisis Teológico de la Guerra Espiritual y la Teología de la Prosperidad*. Lima: Puma, 1-17.
- Ocaña, M. (2002). *Los banqueros de Dios: Una aproximación evangélica a la Teología de la Prosperidad*. Lima: Puma.
- Padilla, R. (1981). *La Palabra Interpretada: Reflexiones sobre Hermenéutica Contextual*. En: Boletín Teológico de la FTL, No. 1. México: Litoffset Horeb, 1-16.
- Padilla, R. (1986). *Misión integral: ensayos sobre el Reino y la Iglesia*. Buenos Aires: Nueva Creación.
- Peale, N. (1999). *Reflexiones sobre la teología de la prosperidad*. En: Fe y Prosperidad. La Paz: Lámpara, 1-3.
- Pérez de Camargo, C. (1992). *La misión de la Iglesia y los grupos marginados*. En: Steuernagael, V. (Comp.). *La misión de la Iglesia: una visión panorámica*. San José: Visión Mundial.
- Rivas, J. (2008). *La confesión positiva*, 1. Recuperado el 16 de Mayo de 2010 de <http://www.apologista.blogdiario.com>

Rivas, J. (2009). *La Teología de la Prosperidad y la confesión positiva*, 1-3.

Recuperado el 16 de Mayo de 2010 de <http://www.esnips.com/web/BibleTeachings>

Sectas y corrientes teológicas falsas. (s.f.), 1-2. Recuperado el 15 de Mayo de 2010 de

<http://www.institutoalma.org/CorazonYVida>

Sendek, E. (s.f.). *El Evangelio de la Prosperidad: Algunas observaciones generales*.

Medellín: Fundación Universitaria Seminario Bíblico de Colombia.

Toval, H. (2008). *Cuidado con la Teología de la prosperidad*, 2-8. Recuperado el 5

de Marzo de 2010 de <http://www.evangelistico.org>

Vargas, M. (1999). *Teología de la Prosperidad: Sus raíces y sus postulados*. En: Fe y

Prosperidad. La Paz: Lámpara, 35-52.

Vila, S. y Escuin, S. (1985). *Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado*. Terrassa

(Barcelona): CLIE.